



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



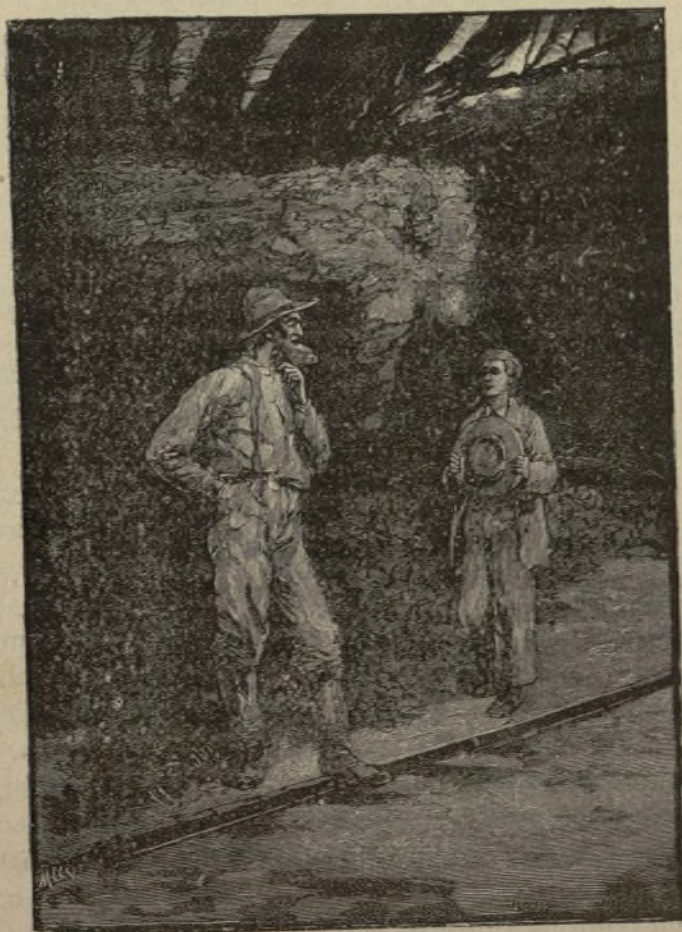
Año IV



6 de junio de 1891



Núm. 188



EL GUARDA-AGUJAS

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

PIADOSAMENTE pensando, he de suponer que, si no os gustan las polémicas en general, las polémicas que han de gustaros menos deben de ser las polémicas *literarias*, tan á la orden del día en estos misérrimos tiempos que corremos.

En primer lugar es casi seguro que ha de *inhibirse* de ellas la Sra. Pardo Bazán, escritora indispensable, dotada, al parecer, no sólo del don de la omnisciencia, sino también del de la ubicuidad; y, por bien que ponga la pluma (es un suponer) la infatigable escritora coruñesa, sucede, al fin y al cabo, aquello de que *cada día olla*, etc.

En segundo lugar resulta que no hay nada más tonto que esas polémicas, digámoslo así, en que los interesados se figuran que los espectadores, digámoslo *usao*, han de tomar la cosa con el calor que ellos mismos. De mí sé decir, aunque sea á trueque de crearme una reputación execrable, que las mismas polémicas de Campoamor, ora con Castelar, ora con no recuerdo quién á propósito de Revilla, ora con Valera, y las mismas polémicas de Valera con tantos como las ha tenido, me dejan absolutamente frío. ¡Qué no será tratándose de otros sujetos de valor infinitamente menos importante que el de aquellos dos ínclitos varones!

En tercer lugar, que poquísimas veces vale lo discutido la tinta que se emplea en la discusión.

Y ahora me diréis (de fijo que no me diréis nada: quien lo dirá seré yo en todo caso)... y ahora me diréis: pero ¿qué mosca le ha picado hoy á ese *Antoñito*, que viene tan disparado contra las polémicas literarias?

Pues voy á responderos ahora mismo. Sabed, pues, que, así como Ventura de la Vega, pálido, entristecido, inapetente, huraño, no encontró remedio á su estado hasta el día que, encerrándose en un cuarto con su hijo, le dijo al oído, dando una gran voz: —*¡El Dante me fastidia!*, así yo, hijos míos, no he de recobrar mi habitual sosiego hasta que os lo haya dicho aquí, en letras de molde y de cursiva: —*¡Las polémicas sobre «Pequeñeces» me revientan!*

Desahogado de este enorme peso que tenía sobre la boca del estómago, y ya completamente tranquilo, os diré que si todos los españoles tuviesen, por suerte ó por desgracia, mi complexión inte-

lectual, buen negocio hubiera hecho el autor de la mentada obra, supuesto que ni de balde he querido leer su libro, coincidiendo en esto con uno de los mejores escritores de nuestros días: D. Luis Taboada. Bástame á mí que la prensa vocinglera arme la gran batahola á propósito de algo para que huya de aquello como de la peste. Proceder que no recomiendo, sin embargo, en absoluto, pues



El cazador

quizás fui injusto cuando, á consecuencia de los excesos de los periódicos, se me encasquetó en la mollera que lo de Peral no había de salir bien.

Para quien, como yo, tiene la desdicha de poder recordar cosas de bastante tiempo atrás, esas polémicas de hoy vienen á ser como llover sobre mojado. ¡Qué tiempos aquellos en que salió á luz el más sonado libro de... de... (lo diré sin ambages) la *Vida de Jesús*, de M. Ernesto Renan! ¡Hubieseis visto los centenares de millares de refutaciones que llovieron sobre el autor, con infinito contentamiento del judío del editor Levy! Bien: ¿y qué? La *Vida de Jesús* se vendió como pan bendito, y hoy... resultaría una ridiculez citarla

en cualquier trabajo formal. En cambio lo que vale no necesita del escándalo para ser tenido en todo lo que vale y resistir á toda prueba. Ni de grandes polémicas ni de ruidosos bombos fué objeto, pongamos por caso, *Un drama nuevo*, y, sin embargo, *Un drama nuevo* durará lo que dure la literatura española.

Esas contiendas *literarias* son ocupación de *dilettanti* de la contradicción: verbigracia, D. Juan Valera; ó ansia de meter cucharada en todas partes. Dejemos que los diputados *discutan* y *debatan* sobre la *res publica* (¡allá ellos!); pero deploramos que los literatos de verdad (ó de mentirijillas) aburran á los lectores con sus lucubraciones polémicas, que á nada conducen y que ponen al lector incauto en la situación de aquel asno que, dudando entre comer ó beber, se murió de hambre y de sed. Así muchos, con haber leído *Pequeñeces* y con haber leído después lo que se ha escrito contra *Pequeñeces*, se ven atormentados por la duda y no saben, como Gedeón, si son *tío* ó *tía*.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

UN DRAMA EN LOS AIRES

I

La mesa redonda del Hotel Nacional ofrecía aquella noche un aspecto por demás animado. Todos los comensales hablaban con grande elogio de las fiestas que durante la tarde se habían celebrado en la población con motivo de su fiesta mayor, comentando según su criterio los incidentes de la corrida de toros, la monotonía de las regatas y la brillantez de la procesión.

Uno de los allí reunidos, disintiendo del parecer de cuantos le atendían, hizo observar que, para él, lo mejor y más notable había sido la elevación de un globo aerostático, contando de paso las impresiones que le habían agitado cuantas veces había hendido los aires.

—¿Es V. aeronauta?—le preguntó un caballero ya anciano.

—Afiicionado tan sólo,—contestó el interpelado.

—Y ¿en qué globos ha practicado V. sus ascensiones?

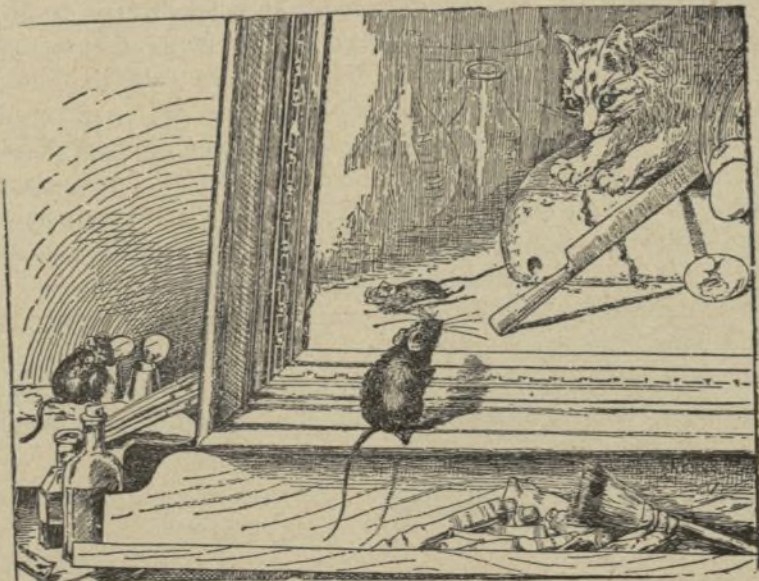
—En globos cautivos.

El anciano se sonrió desdeñosamente, exclamando:

—Lo presumía.

—Para el caso, la impresión es la misma,—repuso el joven, algo mortificado.

- Con algunos variantes que cambian por completo la impresión.
—De suerte que V. debe conocerlas.
—Por mi mal, sí, señor.
—¿Se ha elevado V. alguna vez?
—Tuve todo ese mal gusto, que por poco me cuesta la vida.
—Y ¿en dónde tuvo efecto la ascensión?
—En América, en la villa de Montreal, departamento llamado *Dominion*



Aventuras de un ratón

of Canada. La ascensión fué por demás desgraciada, pero no exenta de grandes incidentes, que voy á referirles, permitiéndome molestar unos instantes su atención.

II

Era muy joven, quince años contaba apenas, cuando el ansia de labrar-me un porvenir me decidió á dejar á España, buscando en América lo que estaba persuadido de no encontrar en mi país. La suerte no fué ingrata conmigo, ya que á los pocos años de mi residencia en América era dueño de una de las mejores peleterías de Montreal, en la *Dominion of Canada*, comercio por demás lucrativo y que me reportaba pingües ganancias. El éxito de mis negocios hubiera podido convertirme en el hombre más feliz si desde mis primeros años una idea tenaz y persistente no hubiese sido la enemiga declarada de mi sosiego y tranquilidad: el abismo me atraía; de suerte que, á falta

de otra expansión, con frecuencia subía al alto campanario de la catedral á fin de contemplar el hermoso panorama que, envuelto entre neblinas, se desarrollaba á mi vista. Todo era pequeño, diminuto todo. Cuando el sol se ocultaba en su ocaso, entonces la perspectiva era maravillosa: juguetillos de oro y nácar se me antojaba cuanto conseguía admirar.

Un día, al fin, mis deseos se vieron colmados: el sueño de toda mi vida se iba á realizar. Al final de una discusión habida en el Círculo de la Navegación Aérea, dos de sus miembros apostaron una fuerte suma, que había de ganar el que en el término preciso de tres horas se trasladase de Montreal á Buffalo City, á orillas del lago Erien. Uno de los contendientes quería servirse del globo sistema Giffard por la dirección (era éste Broufiel): su contrincante, implacable detractor de los globos ligeros, optó por un globo susceptible de ser dirigido por la *santa hélice*, como dicen algunos mecánicos.

Broufiel era mi mejor amigo, y, conociendo mis aficiones, claro que no podía dejar de invitarme en su atrevida expedición. Con entusiasmo sin igual le ayudé en la obra de construcción del aeróstato. Ni un solo detalle descuidé: desde el ancho armazón de alambres hasta la última capa de barniz que dimos á la tela impermeable, todo pasó por mis manos. A todo contribuí, abandonando por completo mi floreciente negocio.

El día deseado, el que juzgaba como el más feliz y venturoso de mi vida, llegó al fin: era un domingo, 15 de junio, día en aquel país de fiesta nacional.

III

Nuestro globo, que medía 900 metros, fué trasportado á la Nation Place, donde debía ser hinchado. En el extremo de la plaza veíase el *Helicóptero* de nuestro adversario, que debía elevarse en el preciso instante de levantar el nuestro.

El medio de propulsión adoptado por Broufiel fué el hélice, movido por un motor al vapor en serpentín, de seis caballos de fuerza. Nuestro adversario se servía de un motor mucho más potente, pero mucho más fácil de dominar, como luego se demostró.

En tres horas nuestro globo quedó dispuesto. La barquilla fué suspendida á los cables, la máquina encendida, los depósitos provistos de agua y carbón, el lastre convenientemente repartido, pasando nosotros á ocupar nuestros puestos de honor.

Eran las cuatro y media cuando el globo empezaba su majestuosa ascensión. Apenas nos encontrábamos á 500 metros cuando un cañonazo nos advirtió que el *Helicóptero* salía á nuestro encuentro. Así era, en efecto. El globo de nuestro adversario partió disparado como una flecha, y el viento noroeste que soplabá, si nos favorecía á nosotros, más le favorecía á él, ya que á los pocos instantes nos llevaba gran ventaja. La lucha iba á ser, pues,

reñida y obstinada; lucha espantosa que debía inevitablemente de ser fatal.

Dimos doble presión á la máquina, nos pusimos á la defensiva, y, gracias á nuestros esfuerzos y á la constancia del viento, pudimos avanzar 10 leguas por hora.

IV

Entonces, dando expansión á mis aficiones, me puse á contemplar el panorama.

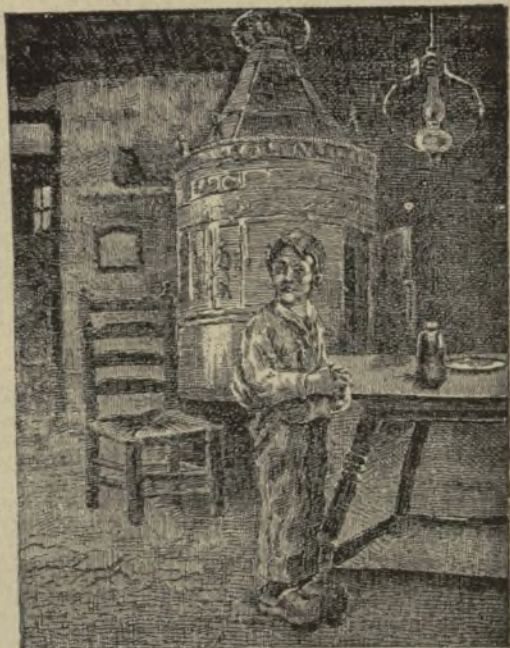
¡Era muy hermoso! ¡Jamás olvidaré lo que aquel día vi! Habíamos dejado ya la villa, pero sus calles se divisaban á lo lejos como puntos próximos á borrarse y á desaparecer. Campos magníficos matizados de brillantes colores nos rodeaban, serpeando entre ellos como hilos diamantinos lo que debían ser caudalosos ríos y soberbios lagos. Nos encontrábamos á 600 metros de altura. Encima del globo, gigantescas montañas de nubes, ceñidas por diáfanos vapores, parecían hablarnos de ignoradas y misteriosas regiones, invitándonos á dirigir hacia allí nuestra exploración. A 500 metros detrás de nosotros navegaba majestuosamente el *Helicóptero* de nuestro adversario, cuya hélice, moviéndose con pasmosa precisión, formaba una especie de círculo blanco que despedía extrañas luces.

Durante el buen tiempo que dediqué á la contemplación del hermoso panorama, nuestro globo se hallaba á respetable distancia del gobernado por nuestro rival; mas de pronto una ráfaga de viento violentísimo, burlando nuestras esperanzas y nuestras fatigas, le empujó favorablemente hacia nosotros.

Broufiel comprendió en seguida lo crítico de nuestra situación, y —¡Lastre fuera!—exclamó.

Abrí una válvula, el vapor escapó, y una lluvia de ceniza y chispas de fuego volaron por el espacio. A los pocos instantes nos elevábamos 400 metros, volviendo á ganar la ventaja que nos disputaba nuestro competidor.

Esta maniobra tuvimos necesidad de repetirla varias veces: al cabo de unos instantes de desesperada lucha, nuestro globo tenía la ligereza de una alondra.



El huerfanito



AMOR FILIAL.
Ayuntamiento de Madrid



EL CONEJITO
Ayuntamiento de Madrid

V

Una hora después de nuestra salida de Montreal, nuestra situación seguía siendo indecisa: nos encontrábamos al nivel del *Helicóptero*, avanzando 50 kilómetros por hora, y á 2,000 metros sobre el nivel del mar.

¿Cuál de los dos iba á resultar vencedor?

Nuestro contrincante, desconfiando tal vez del éxito de su expedición, aventuróse á practicar una maniobra por demás expuesta, pero que decidió del éxito de aquella terrible jornada. Elévóse á gran altura, abrió su paracaídas, y, descendiendo con la velocidad del rayo, nos tomó la delantera sin que apenas nos apercibiéramos de ello.

Al conocer la estrategia, Broufiel lanzó un grito de ira, abrió de nuevo la válvula, desalojó de la máquina todas las materias consumidas, y, añadiendo doble cantidad de combustible, aumentó extraordinariamente la presión. El globo crujió como edificio próximo á derrumbarse: avanzábamos 65 kilómetros por hora. Llevábamos, pues, la velocidad de un tren *express*.

Esta marcha vertiginosa no podía, sin embargo, durar sin exponernos á inevitable catástrofe. Esta no se hizo esperar: la tela se rajó por completo, estalló la máquina, arrojando al aire una verdadera lluvia de fuego y metales derretidos; el paracaídas fué lanzado á gran distancia; hélice, barquilla, aparatos de salvamento, todo lo perdimos en un instante. El instinto de conservación, sin embargo, me prestó nuevas energías y valor, y, asiéndome de uno de los cables que pendían del desmantelado armazón, me dispuse á luchar antes de resignarme á morir.

Mi compañero, menos afortunado que yo, no pudo asirse á parte alguna: estaba en la barquilla, y al desprenderse ésta del aeróstato rodó por el vacío como piedra que se pierde en la inmensidad.

VI

A pesar de haber escapado á la más espantosa de las muertes, mi situación no dejaba por eso de ser desesperada: hallábame suspendido en el vacío, y con una mano me agarraba á un cable y con la otra á la gran anilla que rodeaba la boca del globo. La más leve fatiga, un pequeño vértigo, podían hacerme zozobrar. Tuve miedo, y, anheloso de abreviar aquella agonía, luché para procurarme más cómoda posición: favorecióme la suerte, y pude ganar, al fin, el balancín.

Me senté, respirando con la satisfacción del que se juzga salvado.

El globo iba, en tanto, perdiendo el último gas que tenía acumulado y descendiendo con relativa rapidez. Las esperanzas más consoladoras iban poco á poco invadiendo mi ánimo, mi afición á los globos desaparecía sin dejar gérmenes de ningún linaje, y el ansia y el afán de vivir me fascinaban con sin

igual seducción. De pronto una sacudida violentísima me hizo estremecer: el globo acababa de abrirse de arriba abajo. Mi muerte era irremediable: la desesperación invadió mi alma, y de nuevo me apresté á luchar. Tenía la distancia bien medida: calculé que debía hallarme á 1,000 metros de la tierra, y morir en la orilla se me antojó el más doloroso morir.

Uno de los trozos de tela desprendidos del globo me hizo de paracaídas: con él, y á la ventura navegué, en descenso largo rato, hasta que al fin una



Obras de misericordia

enorme mancha argentada me reveló que me hallaba encima de un lago bañado por la luna. No luché más: cerré los ojos y me abandoné á mi suerte. Un instante después mi cuerpo chocaba contra unas aguas: había caído en el lago.

Cuando, unos días después, regresé á Montreal, supe que nuestro competidor había ganado la suma de 10,000 dollars (50,000 pesetas): en 2 horas, 17 minutos y 35 segundos había recorrido, gracias á la velocidad de su *Heli-cóptero*, movido por ácido carbónico en licuación, los 510 kilómetros que separan Montreal de Buffalo City. Es posible que, dados tan excelentes resultados, se aventurase á otra nueva ascensión: yo curé radicalmente de mis aficiones, de las que escapé con vida sólo por la misericordia de Dios.

BENJAMÍN

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA PATRIA

(Continuación)

CAPITULO II

ASTURIAS, LEÓN, SANTANDER, GALICIA

Quiso la Divina Providencia que brillara, como há once siglos, la primera chispa en las escarpadas montañas de Asturias. En Oviedo, el 26 de abril, el vulgo tuvo un disgusto con el cónsul francés, por lo cual apedreó su casa. Al recibirse en dicha ciudad la orden de que se fijara el bando de Murat, propagóse la voz de haber llegado á Gijón instrucciones para castigar á los culpables, y se alborotó el pueblo de tal manera que, al ir á pregonar el bando, grupos numerosos, compuestos en su mayoría de estudiantes, corrieron gritando ¡*Muera Napoleón!* ¡*Viva Fernando VIII!*!, dirigiéndose en seguida á la sala de sesiones, donde se celebraba una junta general del Principado, y el pueblo encontró apoyo en la Diputación, llevada de su amor patriótico. Pero la Audiencia territorial no sólo trató de apaciguar al pueblo, sino que dió cuenta al gobierno de Madrid de lo acaecido, de cuyas resultas se mandó ir á Oviedo al comandante general de la costa cantábrica, y fueron también enviados los magistrados Pinar y Meléndez Valdés, con órdenes duras y terminantes, el primero conocido por su cruel severidad, y el segundo por ser gran amigo de Jovellanos, sacado, como éste, del destierro por los sucesos de Aranjuez.

La elección de este último no se acertaba á comprender, pero se creía sería por condescendencia.

Esta desfachatez cara les costó, porque, poco después, los dos magistrados fueron cogidos por el populacho, atándolos á un árbol con intención de matarlos, y lo hubieran hecho á no ser por la oportuna llegada de un canónigo llamado Alonso de Ahumada, que, presentando á la desaforada chusma el Señor Sacramentado, logró apaciguarlos; y de esta manera salvó á aquellos infelices, que creían que con el pueblo se jugaba lo mismo que como un tonto.

Uno de los principales pasos de los asturianos fué ponerse en comunicación con los ingleses, por ser los que más podían auxiliar á España en su aflicta situación. Fueron comisionados por el pueblo para entenderse con los ingleses, Angel A. de la Vega y el vizconde de Matarrosa (después conde de Toreno). Estos señores, cumpliendo con su promesa, pasaron á Londres, y, después de muchos trabajos dignos del mayor elogio, lograron del Parlamento inglés que pasarían á Asturias dos oficiales y un mayor general llamado sir Tomás Dyer á proteger y dirigir el movimiento independiente.

Ayuntamiento de Madrid

Fué inmediatamente seguido el ejemplo en León; pero como no tenían ni hombres ni armas, tuvieron que resignarse y esperar á que llegaran unos 900 hombres de Asturias, cuyo mando tomó el gobernador de la plaza don Manuel Castañón.

(Se continuará)

FELIPE DE ZABALA Y SUÁREZ

LA NIÑA MUERTA

En una humilde casita
cuyo lugar no recuerdo,
sé que se extiende esta noche
de tristeza un denso velo.
Si en ella nos internamos
y nos fijamos, veremos
en lo último de la casa
un reducido aposento.
A un lado, sobre una mesa,
y con el rostro cubierto,
se ve el cuerpo de una niña,
inmóvil, inerte, muerto.
Esta que hace cuatro días
tenía todo revuelto
con bullicio y algazara
que causaba hasta el extremo,
hoy causa á todos pesares
de que recuerden sus hechos.
Los padres que tanto amaban
aquel corazón tan tierno,
se deshacen hoy en lágrimas,
llenos de gran desconsuelo.

Nunca jamás esperaban
que llegase este momento,
y, aunque ha pasado de veras,
incierto lo están creyendo.
La madre cree que sueña,
él no cree lo que está viendo;
pero lo triste en el mundo
casi siempre sale cierto.

Por fin llega la mañana,
y con ceremonia y miedo
tocan las tristes campanas
para la niña al entierro.
Movimiento de personas
se nota por todo el pueblo,
y, después de bendecirlo,
sepultan al débil cuerpo.
Aun creen los pobres padres
que todo aquello es un sueño;
mas lo triste en esta vida
casi siempre sale cierto.

SOLEDAD MARTÍN Y ORTIZ DE LA TABLA

NUESTROS GRABADOS

EL GUARDA-AGUJAS

Bien merecen toda suerte de consideraciones esos sufridos y honradísimos empleados, de cuya vigilancia dependen miles y miles de existencias.

EL CAZADOR

Un cazador honrado, que no se aparta mucho de su casa y se lleva á su señora. Hay cazadores que repugnan, en efecto, tirar á las pobres perdices de los bosques, y prefieren, en todo caso, disparar contra los conejitos que andan por casa tocando el timbre (cuatro reales en las principales quincallerías).

Ayuntamiento de Madrid

AVENTURAS DE UN RATÓN

Érase un ratón que vió un magnífico queso de Parma; pero encima del queso de Parma había un gatazo terrible, aunque inmóvil. El ratón se atreve. Sin duda estará el gato hipnotizado, y llega... y se encuentra con que todo está pintado. Gran desengaño para el ratón.

EL HUERFANITO

Un desgraciado niño que, por su desgracia, ha ido á parar á manos de un desalmado que le explota y le castiga. De ahí el terror del pobrecito cada vez que se le figura que va á venir su verdugo.

AMOR FILIAL

Espectáculo hermoso es siempre el que ofrece una escena como la de nuestro grabado. Nada más grato que ver correspondido por un hijo el cariño incomparable que profesan las madres á aquellos á quienes han dado el ser.

EL CONEJITO

Una niña que idolatra á ese animalito tan útil, del cual se saca, además del producto (y guiso) de la carne, la piel para fabricar sombreros de copa. De todas maneras, el gusto es raro, pues no se sabe que los conejos brillen gran cosa en punto á inteligencia.

OBRAS DE MISERICORDIA

Obra de misericordia, y de las buenas, es lo que está haciendo esa excelente mujer al socorrer con sendos cazos de sopas de caldo á los infelices niños desfallecidos de debilidad. ¡Y la pobre apenas tendrá para sí!

CASTIGADOS

El papá creyó del caso imponer un correctivo á los dos arrapiezos desterrándolos de la mesa, con lo cual aprenderán, sin duda, á no olvidarse de lo que deben hacer estando en presencia de sus mayores.

CUENTOS ESLAVOS

(Conclusión)

No tardó el príncipe en llegar á la morada de Vertogor, á quien ya no faltaba más que nivelar una montaña. Iván cogió su cepillo y arrojólo á la llanura, é inmediatamente surgieron unas montañas altísimas, tanto que sus picos parecían tocar al cielo, y había tantas que no se hubieran podido contar. Vertogor se regocijó mucho y volvió á comenzar su trabajo alegremente.

Al cabo de algún tiempo el príncipe llegó á la morada de Vertodub, y, viendo que sólo le faltaba desarraigar tres árboles, arrojó el peine á la llanura, donde surgieron en el acto bosques inmensos, llenos de espesura y de

gigantescos árboles. Vertodub, sumamente complacido, dió las gracias al príncipe y continuó su trabajo.

Prosiguiendo su marcha, Iván llegó, por fin, al sitio donde estaban las ancianas, y dió una manzana á cada una: comiéronselas, y al punto convirtiéronse en jóvenes. En recompensa dieron al príncipe un pañuelo, diciéndole:

—Bastará que lo agitéis para que detrás de vos se forme un inmenso lago.



Castigados

Al fin el príncipe llegó al palacio, de donde vió salir á su hermana, que, corriendo á su encuentro, le prodigó mil caricias, acompañándole á sus habitaciones.

—Siéntate, hermano mío,—le dijo,—y toca alguna cosa en el laúd mientras yo voy á prepararte tu comida.

El príncipe tomó asiento y comenzó á templar el laúd; pero en el mismo instante salió un ratón de un agujero y le dijo con voz humana:

—¡Sálvate, príncipe! ¡Huye de aquí pronto, porque tu hermana se está afilando ahora los dientes!

Iván, saliendo presuroso de la habitación, saltó á su caballo y alejóse rápidamente, mientras que el ratón corría sobre las cuerdas del laúd y hacía las producir sus sonidos; de modo que la hermana no pudo sospechar que Iván había huído.

Cuando hubo aguzado bien sus dientes, precipitóse en la habitación. Mas ¡cuál no sería su sorpresa al ver que su hermano ya no estaba! Sólo encontró el ratón, que corría por las cuerdas del instrumento. La bruja, ciega de furor y rechinando los dientes, lanzóse en persecución del fugitivo.

El príncipe oyó muy pronto detrás de sí un sordo rumor, y al volver la cabeza vió á su hermana que le perseguía. Entonces agitó su pañuelo, y en el momento formóse tras de él un profundo lago.

Mientras que la bruja lo atravesaba nadando, el príncipe pudo adelantar mucho camino; pero no tardó en ver de nuevo á su hermana avanzando con más rapidez que nunca, de modo que llegó á estar muy cerca. El gigante Vertodub, sospechando entonces que el príncipe trataba de escapar, comenzó á desarraigar árboles, arrojándolos á través del camino, y así no tardó en levantar una montaña que cerró el paso á la bruja. Mientras que ésta trabajaba activamente para abrirse camino, Iván pudo obtener una gran ventaja, y cuando la bruja consiguió, al fin, franquear el obstáculo, Iván estaba ya muy lejos.

La bruja volaba más bien que corría, y así es que muy pronto se acercó tanto á su hermano que parecía imposible que éste escapase; pero Vertogor vigilaba, y, cogiendo una de las más altas montañas, colocóla en medio del camino y arrojó otra encima. En tanto que la bruja trepaba y trepaba, el príncipe Iván recobró la ventaja perdida y hallóse pronto á una inmensa distancia de su perseguidora. Mas ésta había conseguido, al fin, franquear el obstáculo una vez más, y continuaba su persecución con tal rapidez que no tardó en avistar al fugitivo, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Esta vez no te escaparás de mí!

Ya estaba á punto de precipitarse sobre el fugitivo, cuando éste, llegando á la morada de la hermana del Sol, gritó:

—¡Sol, Sol: abre la ventana!

Hízolo así la hermana del Sol, y el príncipe se precipitó con su caballo y todo.

La bruja pidió se le entregase su hermano para castigarle; pero como la hermana del Sol se negase á ello, la bruja añadió:

—Quiero que se vea quién pesa más de los dos. Si soy yo, me lo comeré; pero si es él, que me mate.

Así se hizo: el príncipe Iván fué colocado primero en uno de los platos de la balanza, y la bruja se dispuso á imitarle; mas, apenas sentó el pie, el príncipe Iván saltó al aire, y esto con tal fuerza que llegó al cielo y á la habitación misma de la hermana del Sol, quedándose la bruja en tierra.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona. — Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 38, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración IBERICA: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid